

## CAPÍTULO VII

*El regreso a Gijón*

Jovellanos se despide del Rey y el día 20 de agosto sale desde Madrid hacia Trillo para tomar allí las aguas y recuperar su salud, muy deteriorada. Anota en su *Diario*: «Escribo con anteojos, que tal se ha degradado mi vista en este intermedio. ¡Qué de cosas no han pasado en él! Pero serán omitidas o dichas separadamente». El 13 de setiembre regresa a Madrid, donde permanece hasta el 11 de octubre. El 27 está de nuevo en Gijón. Allí le falta su querido hermano Francisco de Paula, que había fallecido el 4 de agosto. En una hermosa carta le cuenta a Antonio Carreño el 11 del mismo mes: «No estoy para nada, por más que haya tragado tan amargo sorbo, desde que me falta la primera carta de mi buen hermano. Tú sabes cuánto he perdido en él, y la triste perspectiva de mis últimos días se ennegrecerá a cada instante con la memoria de su falta. Siempre fue mi más ardiente deseo el volver a su lado y a mi antigua dulce vida, que sin él no puede ser sino amarga. Haga Dios que pueda yo mitigar estos sentimientos que ahora me devoran en medio de mis males».

A pesar de los nuevos problemas, Jovellanos consigue reemprender su actividad. La enseñanza en el Instituto continúa, aunque todavía en el primitivo edificio. El día 7 de abril de 1799 pronuncia Jovellanos una *Oración sobre el estudio de las ciencias naturales*, texto hermoso y sugerente, en el que habla con intensidad de la naturaleza y de sus sentimientos frente a ella. El siguiente certamen público se celebra en febrero de 1800 y Jovellanos prepara un *Discurso sobre la Geografía histórica*. Para entonces los problemas han ido creciendo hasta extremos inimaginables. Jovellanos anota en el *Diario*: «La concurrencia fue tan poca que yo determiné suprimir un discurso que había trabajado

para dar idea de las ventajas que puede producir el estudio de la geografía. [...] El miércoles vino algún otro de los que sabían que yo debía decir mi discurso. Vino también Joaquín Velarde y el coronel Torres, con la mujer del primero, y la Pachina de Peñalba, a quienes trajera el día anterior el deseo de bailar». Jovellanos está triste, no puede esconder su amargura. Los problemas económicos crecen y don Gaspar teme un ataque: «La desgracia parece conjurada contra el Instituto, –anota el 1 de enero de 1801– este precioso establecimiento, tan identificado ya con mi existencia como con el destino futuro de este país».

Jovellanos empieza a ser un apestado, un enemigo al que hay que aplastar, alguien de quien hay que huir. El *Cuaderno IX* deja constancia de cómo le abandonan sus amigos, de lo solo que se siente. El 20 de enero escribe la última frase del *Cuaderno*, que parece premonitoria: «Poco sueño; nubes; frío».

Aparece entonces en escena la *Delación anónima* contra Jovellanos, que empieza diciendo: «Don Gaspar Melchor de Llanos (pero no Jove, porque dicen que se ha usurpado este distinguido apellido), hombre de imaginación suspicaz, siguió con toda felicidad y aprovechamiento la carrera de sus estudios; mas entregado con tesón a la varia lectura de los libros de nueva mala doctrina y de esta pésima filosofía del día, hizo tan agigantados progresos, que casi se le puede tener por uno de los corifeos o cabezas del partido de esos que llaman Novatores, de los que por desgracia, y tal vez castigo común nuestro, abunda en estos tiempos nuestra España, que antes era un emporio del catolicismo». Según el delator la ambición de estos «en nada se sacia: todo quieren que sea suyo. Se irritan al contradecir-

les; no pueden sufrir la prosperidad de los demás». Sigue después insultando a Jovellanos: «Este hombre, después de experimentar una varia fortuna, llegó por último a lograr no sé por qué o cómo el ministerio de Gracia y Justicia [...] porque para conocer los hombres no hay mejor medio que encumbrarlos»; «un enfadoso orgullo, que le hacía falsamente creer que él solo era el sabio y los que le seguían, y los demás unos ignorantes de primer orden.»; «...comenzó aquí desde los principios a colocarse en un verdadero despotismo, independencia y libertad, arrollándolo todo y cerrando los ojos y oídos a toda ley»; «Árbitro y dueño de los caudales de todos, pero violentamente y por fuerza...»; «...pero ¡qué escuela o Instituto! De disolución, de vicios, de libertad e independencia, a la que sólo concurren los niños y jóvenes más despreciables, y muy pocos de calidad; donde nada se enseña de lo que tanto se vocifera,...». Y concluye asegurando que «el mejor medio sería separarle, sin que nadie lo pudiese penetrar, muy lejos de su tierra, privándole toda comunicación y correspondencia».

La Delación se fraguó en Oviedo pero es evidente que se terminó en Madrid. La lucha contra Jovellanos no había terminado con su retirada del ministerio. Era un hombre demasiado influyente, demasiado sabio y demasiado honrado para que los que le habían echado del ministerio se creyesen seguros. La conjura continuó; la Delación anónima formaba parte de ella. Formaba parte de una operación más amplia que quería acabar en España con todos los ilustrados que tenían influencia. Se ataca a Jovellanos, y también a Tavira, Palafox, la condesa de Montijo, Urquijo, Meléndez Valdés y tantos otros que por entonces fueron encarcelados o desterrados o perseguidos. Todo fue obra de Godoy y de Caballero. Godoy lo hizo por ambición, Caba-

llero por ansia de poder. Éste pide al entonces Regente de la Audiencia de Oviedo, Andrés de Lasaúca -el fiscal de la Audiencia que había elaborado el informe contrario a la creación del Instituto- que se informe reservadamente sobre los hechos denunciados por el delator anónimo. De sus informes no se deduce ninguna culpabilidad de Jovellanos. Pero probablemente ni siquiera fueron leídos. La decisión estaba ya tomada. La calumnia, la mala fe y el fanatismo pudieron con todo. En la madrugada del 13 de marzo de 1801, Jovellanos es apresado y conducido como reo de estado a Mallorca.